

ducido a casi todos nuestros viajeros, entre los cuales, la verdad histórica nos obliga a mencionar, en 1846, a Domingo Faustino Sarmiento, el futuro presidente de la República Argentina<sup>45</sup>. Así habla Fernández de los Ríos: «En Burdeos, existe ya en toda su integridad un tipo especial en aquel reino, el de las modistas o de las grisetas, famosas por su general belleza, aseo, sencillez y buen gusto, y sobre todo por su gracia proverbial». Y Modesto Lafuente: «Dase en Burdeos el nombre de grisetas a las modistas, demas de obrador y otras mujeres intermedias entre las dos clases alta y baja del pueblo. (...) Son mujeres lindas y agraciadas, con sus estudiados y elegantes adornos en la cabeza y su mirar dulce y conquistador»<sup>46</sup>.

Los relatos de viajes nos revelan interesantes detalles sobre la vida y las costumbres de los ricos burgueses. Cruz y Bahamonde bosqueja un cuadro idílico de la jornada del negociante, que evacúa sus negocios por la mañana, y luego va a comer, solazarse y dormir en su bucólica casa de campo, verdadero paraíso terrenal, con florecidos jardines, discretos pabellones y cómodos salones rebosantes de obras de arte<sup>47</sup>. También Mesonero Romanos se complace en ensalzar este sabor epicuriano de la vida bordelesa:

Quando el sol de junio empieza a ejercer sus rigores y las bellísimas orillas del Garona se cubren de un admirable verdor, el amable habitante de Burdeos, para quien el disfrutar de la vida es un negocio positivo, una necesidad real, suspende temporalmente sus tratos mercantiles, sus ocupaciones serias, y corre a refugiarse con su familia en algún pintoresco *château* en medio de vastos y deliciosos jardines, de ricos viñedos y de inmensos y apacibles bosques. La ciudad, por aquella estación, parece más desierta aún, y nadie diría sino que la población entera se había trasladado al radio de algunas leguas. En las calles, en los paseos, en los teatros, apenas se encuentra a nadie, y a cualquiera casa a quien uno se dirija para visitar a los dueños, está seguro de que la vieja portera le ha de responder: *monsieur et madame sont à la campagne*. No han huido, sin embargo, de la ciudad, para evitar la vista de sus amigos, para sepultarse en una mísera aldea ni para adoptar una vida filosófica o pastoril. Lo que ellos llaman su castillo no tiene, a la verdad, el carácter severo y el formidable aparato que aquel nombre indica, y no es otra cosa que un elegante edificio cuadrado, con algunas torrecillas o pabellones en sus esquinas, situado en medio de un espacioso bosque o jardín, al fin de un largo paseo o avenida formada de dobles filas de árboles frondosos y circundado, en vez de fosos, por elegantes parterres de flores, lindos estanques, fuentes, estatuas y floreros. Es en fin una verdadera quinta o casa de campo, con todos sus agradables accesorios, y adornada interiormente con tan exquisito gusto y elegancia como las más primorosas de la ciudad (...). Llegado, como hemos dicho, el mes de junio, toda la familia corre a saborear la regalada mansión de la *campagne*. Los criados de la casa, los jornaleros y vecinos comarcanos acuden a festejar su venida. Y luego de instalados convenientemente, reciben y pagan diarias visitas de todos los demás propietarios, habitantes como ellos temporales del campo, y aquellas mismas familias que en la ciudad apenas suelen saludarse, llegan a ser íntimas bajo la suave influencia de la campiña. Así es como pueden improvisarse, y

<sup>45</sup> Noël Salomon, *Le séjour de D. F. Sarmineto à Bordeaux en 1846, et sa suite...*; art. cit. *He aquí como Théophile Gautier describe las grisettes: «Ce qui anime la ville, ce sont les grisettes et les femmes du peuple, elles sont réellement très jolies: presque toutes ont le nez droit, les joues sans pommettes, de grands yeux noirs dans un ovale pâle d'un effet charmant. Leur coiffure est très originale; elle se compose d'un madras de couleurs éclatantes, posé à la façon des créoles, très en arrière, et contenant les cheveux qui tombent assez bas sur la nuque; le reste de l'ajustement consiste en un grand châte droit qui va jusqu'aux talons, et une robe d'indienne à longs plis. Ces femmes ont la démarche alerte et vive, la taille souple et cambrée, naturellement fine. Elles portent sur leur tête les paniers, les paquets et les cruches d'eau qui, par parenthèse, son d'une forme très élégante. Avec leur amphore sur la tête, leur costume à plis droits, on les prendrait pour des filles grecques et des princesses Nausicaa allant à la fontaine»* (Voyage en Espagne, éd. cit., p. 33).

<sup>46</sup> Fernández de los Ríos, p. 26. Lafuente, p. 93.

<sup>47</sup> Pp. 358-359. El autor describe la casa de campo de la familia de un amigo suyo, el doctor Rabac, médico judío de orígenes españoles y portugueses.

se improvisan a todas horas grandes cabalgatas a visitar algunas ruinas cercanas: animadas cacerías o paseos acuáticos a la luz de la luna; festines abundantes y delicados, y hasta elegantes bailes y animadas *soirés* (...). Las fiestas patronales de los pueblos circunvecinos, las bodas de los dependientes, los exámenes de las escuelas comunales, los baños y las vendimias, sobre todo, son ocasiones de repetidas fiestas en que suele reunirse bajo el humilde campanario de la aldea o en sus rústicos campos y jardines la más escogida sociedad de *Château-Trompette*. Puede calcularse si estos risueños contrastes, si estos cuadros animados prestarán encanto a la imaginación ardiente, al festivo carácter de los habitantes de la Gironda.<sup>48</sup>

De una manera general, los viajeros hablan poco de la vida intelectual de la ciudad. Se ciñen a un inventario de los centros docentes, los seminarios, las bibliotecas, las academias y los gabinetes científicos.<sup>49</sup> Sin embargo, don Alejandro de Gálvez nos ofrece un interesantísimo retrato de un canónigo de la Catedral de Burdeos, un ejemplo perfecto del ilustrado del siglo XVIII, aficionado a las ciencias y a las letras, y muy amante de la cultura española:

Un canónigo se acercó a nosotros y hablándonos en español, nos introdujo en el coro (de la Catedral), donde nos colocaron después de los canónigos y asistimos a los oficios (...). La casa de este canónigo es muy linda, y la tenía adornada con decencia propia de un eclesiástico. Era hombre de grande aplicación, y con ella sólo había aprendido la lengua española, por utilizarse de nuestros buenos libros en su librería, que, a más de numerosa, era selectísima. Allí hallé los mejores historiadores de España; Mariana, Los Anales de Aragón, Los de Sevilla de Zúñiga, Ambrosio de Morales, Morgado, Espinosa, Alderete, Padilla, el Diccionario de Covarrubias, varios santorales todo en español, y otro sin número de libros y poetas españoles, breviarios y misales de nuestras yglesias; pero uno de los más raros, que no se encontrarán en nuestro reyno, fue la Biblia en español, impresión muy antigua, de tiempo del señor cardenal Cisneros. Ciertamente que ninguna librería de España tendrá mejor número de libros españoles antiguos que la que registré en la casa de este docto canónigo.<sup>50</sup>

Parece más sorprendente el que nuestros viajeros no hagan sino escasas alusiones a las especialidades gastronómicas girondinas. Hablan abundantemente de la producción y del comercio de los vinos, pero, por lo visto, muestran poco interés en probarlos y saborearlos. De las fondas y de los hoteles no escriben sino cosas muy generales<sup>51</sup>.

<sup>48</sup> Recuerdos de viaje, p. 279 y 281.

<sup>49</sup> «La Universidad, la fundó el rey Luis XI, en el año de 1473. Tiene un buen edificio y gran número de cátedras. Varios son los colegios; el más célebre es uno del que son patronos los Jurados. A más de los estudios generales de la Universidad, los hay en la casa grande de los Dominicos, que es bello edificio, y nuevo, y en el colegio de la Compañía, que es de lo mejor de la ciudad. Adornan ésta asimismo grandes seminarios, que son el Eclesiástico, el de la Misiones y el Irlandés, como asimismo una Academia Real de Ciencias y Bellas Letras». (Gálvez, folios 103-104; visita Burdeos en 1755). «En punto a establecimientos de instrucción pública y curiosidades, mencionaremos la Academia de Burdeos, que tiene facultad de teología, de literatura, una escuela secundaria de medicina, un colegio real de primera clase y siete colegios municipales. La biblioteca de la ciudad, con más de 4.000 obras, componiendo 110.000 volúmenes (sic), entre los que hay libros raros, manuscritos y ediciones del siglo XV. El gabinete de Historia Natural, bastante considerable aunque escaso de fondos. El depósito de antigüedades, pobre en general. El observatorio de Marina, la escuela de dibujo, la galería de cuadros, entre los cuales los hay de las escuelas francesas, flamenca e italiana. La enseñanza de botánica y jardín de plantas, la academia real de ciencias y bellas letras, la fundación real de sordos mudos, la sociedad real de medicina, la escuela real de partos, la sociedad de farmacia, la médica de emulación, la real de agricultura, la de horticultura, el instituto agrícola de San Luis, los cursos municipales de química, mecánica, la escuela normal primaria y las de las hermanas de la Caridad, 18 pensiones o colegios para jóvenes y 7 para señoritas». (Fernández de los Ríos, p. 26; describe el Burdeos de 1845).

<sup>50</sup> Gálvez, folio 106.

<sup>51</sup> Fernández de los Ríos da una lista de los hoteles, acompañada de ciertas advertencias para su utilizador (p. 26). Modesto Lafuente describe largamente los hoteles de Burdeos, que nos presenta como el tipo medio de los hoteles franceses (pp. 80 a 85).

El único viajero que se abandona a las delicias tentadoras del quinto pecado mortal, con la mejor intención, es el sevillano Alejandro de Gálvez. En 1755, este digno canónigo se hospeda en el Hotel de Inglaterra, bella posada, con lindas salas bien adornadas, limpias camas y abundante mesa. Allí prueba el chocolate a la francesa, y lo encuentra muy espeso y mantecoso, condenándolo sin apelación, por muy inferior al chocolate sevillano, el más fino y bien preparado que se pueda encontrar dentro y fuera de España. Mas, llevando adelante sus experiencias, se aventura en catar un plato típico de Burdeos, que es el salmón fresco, cocido en el vino, y adobado con aceite y vinagre, y lo declara una de las cosas más ricas y regaladas de la tierra<sup>52</sup>.

Los viajeros manifiestan más interés por las diversiones públicas. Describen los paseos favoritos de los burgueses y del pueblo. Mencionan los cafés, los casinos, los baños y otros sitios públicos. Lafuente evoca a los farsantes y a los héroes que solicitan a los transeúntes de la alameda de Tourny. Y el canónigo Gálvez nos hace la curiosa revelación, que nos confesamos incapaz de infirmar o de confirmar, de una posible experiencia tauromáquica ocurrida en el año 1755: «No muy lejos de la ruinas (del anfiteatro romano), estaba construyendo la ciudad una hermosa plaza de toros, toda en piedras (...). Después supimos, en Zaragoza, llevaron de ella picadores y demás aficionados que celebraron sus fiestas con general aceptación y espanto de los franceses, que no habían experimentado jamás el valor de los españoles con estas fieras»<sup>53</sup>. Por fin, nuestros viajeros insisten bastante sobre las representaciones dramáticas y musicales que presenciaron en el Gran Teatro, no sólo por su carácter brillante y la variedad de sus programas, sino también a causa de la personalidad muy peculiar del público bordelés, de gustos particularmente afirmados, espíritu levantisco y juicios muy rotundos<sup>54</sup>. Fernández de los Ríos se complace en apreciar la imparcialidad de dicho público y la firmeza de sus fallos:

«La tragedia, el drama moderno que ha procurado sustituirla, la comedia siempre contando con el favor del público, la ópera con su aparato y el baile con su ligereza y magnífico brillo, han reinado y reinan alternativamente en este coliseo, que cuenta todos los años con los artistas más sobresalientes que vienen de París, sin que esta circunstancia influya en los habitantes de Burdeos para que dejen de someterlos a nueva prueba, con arreglo a la cual dan fallo muchas veces más justo que el de la Capital, por ser independiente de toda influencia de amistad o de compadrazgo. Allí se silba sin miramiento lo malo y se aplaude con entusiasmo lo bueno. Y en punto a silbidos y aplausos, si el forastero presencia una función acompañada de ellos, de seguro notará la distancia que hay del pacífico público de nuestra España, al agitado y alborotador

<sup>52</sup> V. nota 50.

<sup>53</sup> Folios 100 y 110.

<sup>54</sup> Naturalmente, el canónigo Gálvez no pudo conocer el Gran Teatro, abierto solamente en 1780. Más por eso no dejó de tener dos experiencias contradictorias del mundillo teatral bordelés. La primera, la tuvo en su hotel, a modo de edificación suya sobre las costumbres de los cómicos galos: «En el tiempo que estuvimos aquí, no llegó más sujeto que un hombre y una mujer en su coche; después supimos era una comedianta que, acabada la comedia, se retiraba con este sujeto y pasaron aquí la noche; en semejantes cosas hay exceso notable en este Reyno» (folio 102). Su segunda experiencia fue una amarga desilusión: deseoso de presenciar una representación en el Teatro Principal de Burdeos, tuvo que renunciar a ello, por ser prohibida tal asistencia a los eclesiásticos, por órdenes de la Superioridad.

de Francia». <sup>55</sup> Mesonero Romanos se muestra más severo para con el público bordelés:

«Este teatro principal —dice— es poco frecuentado por la desdeñosa aristocracia bordelés, que sólo se digna visitarle cuando la célebre trágica Rachel o el tenor Duprez, aprovechando la licencia temporal que les conceden en los teatros de París, vienen a ofrecer a los habitantes de las orillas del Garona el tributo de sus talentos, a cambio de un premio enorme y de un entusiasmo imposible de describir» <sup>56</sup>. Quienquiera que conozca un poco las manías y los hábitos conformistas del público actual del Gran Teatro de Burdeos, no podrá dejar de aprobar enteramente la severa apreciación de Mesonero. Desgraciadamente, nos falta tiempo para dejemos la palabra, por última vez, a Modesto Lafuente, quien, en sus *Viajes de Fray Gerundio*, relata una insólita, a la par que divertidísima representación de ópera, que presencié durante su estancia en Burdeos, en 1841, y/a la que compara con una corrida de toros. Allí se aplicó con el máximo rigor aquel curioso artículo del reglamento del Gran Teatro, que obligaba a todo cantante que aspirase a ocupar plaza en la compañía, a sufrir el ensayo de tres salidas en representaciones públicas, siendo así los espectadores los supremos jueces de su porvenir artístico. «La elección no puede ser más directa, ni el gobierno más democrático» —comenta el historiador madrileño—: «En esta república lírica, la soberanía reside esencialmente en el pueblo» <sup>57</sup>. ¡Se no è vero, è bene trovato!

Con esta última pincelada, daremos por rematada nuestra evocación de Burdeos, realizada por mediación de los viajeros españoles de los siglos XVIII y XIX. Cualesquiera que sean sus imperfecciones, todos estos relatos encierran un indiscutible interés, no sólo para los historiadores, sino también para todos los aficionados a las cosas del pasado; un interés que aumenta con el placer que se desprende de las perversas seducciones de la literatura. Desde luego, no incurriremos en el error de considerarlos como otros tantos documentos históricos. No son sino mosaicos de imágenes e impresiones esparcidas por el tiempo y el espacio, cuyo análisis exige la mayor ponderación. En consecuencia, este retrato de Burdeos que acabamos de pintar, no debe ser considerado como una descripción objetiva y razonada. Eso no significa que estos relatos de los viajeros hispanos carezcan en absoluto de interés científico. Los estudiosos del arte, de la sociedad, de la economía, no dejarán de espigar en estas páginas algún que otro dato curioso. Sin embargo, el que ha de sacar más provecho de ello, es el historiador de las mentalidades. Si analiza estas evocaciones como otros tantos clisés estereotipados, que fueron alimentando la memoria colectiva del público, podrá explicar quizá, aunque muy parcialmente y en dominios muy limitados, los prejuicios y las actitudes contradictorias que, hasta los días de hoy, siguen informando y orientando la opinión de los españoles sobre los franceses.

Jean Sentaurens

<sup>55</sup> P. 24.

<sup>56</sup> P. 282.

<sup>57</sup> Pp. 138 a 151.

# LETRA

---

## INTERNACIONAL

### NUMERO 13 (Primavera 1989)

**Rafael Argullol:** El hombre sin enigmas.

**Roberto Blatt:** Europa: el poder del sueño, el sueño del poder.

**Miguel Cereceda:** La utopía de la dominación científico-técnica de la Naturaleza.

**José Andrés Rojo:** Los ecos de Utopía.

**Ramón F. Reboiras:** El viajero que perdió la razón del movimiento.

**Ricardo Oré:** Retorno al mundo plano.

**César Ballester:** La aparición de la nueva racionalidad.

**Umberto Eco:** Reflexiones sobre el papel impreso.

**Jacques Derrida:** El oído y la escritura.

**Margit Frenk:** Entre leer y escuchar.

**Michel Tournier:** El vuelo del vampiro.

**Robert Darnton:** El olvido de los intermediarios.

**Mario Merlino:** Literatura brasileña: trazando círculos.

**Machado de Assis:** El canónigo o metafísica del estilo.

**Jorge de Lima:** Canto IX de la Invención de Orfeo.

**Oswald de Andrade:** Fragmento de manifiesto antropófago.

**Mario de Andrade:** El pavo de Navidad.

**Joao Guimaraes Rosa:** Sin tangencia.

**Rubén Fonseca:** Relato de un hecho en que cualquier semejanza no es pura coincidencia.

**Haroldo de Campos:** De la razón antropofágica: los devoradores de Europa.

**Caio Fernando Abreu:** En los pozos.

**Caio Fernando Abreu:** Un hábito probablemente azul.

Suscripción anual: 1.600 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

**Redacción y Administración:**

Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid